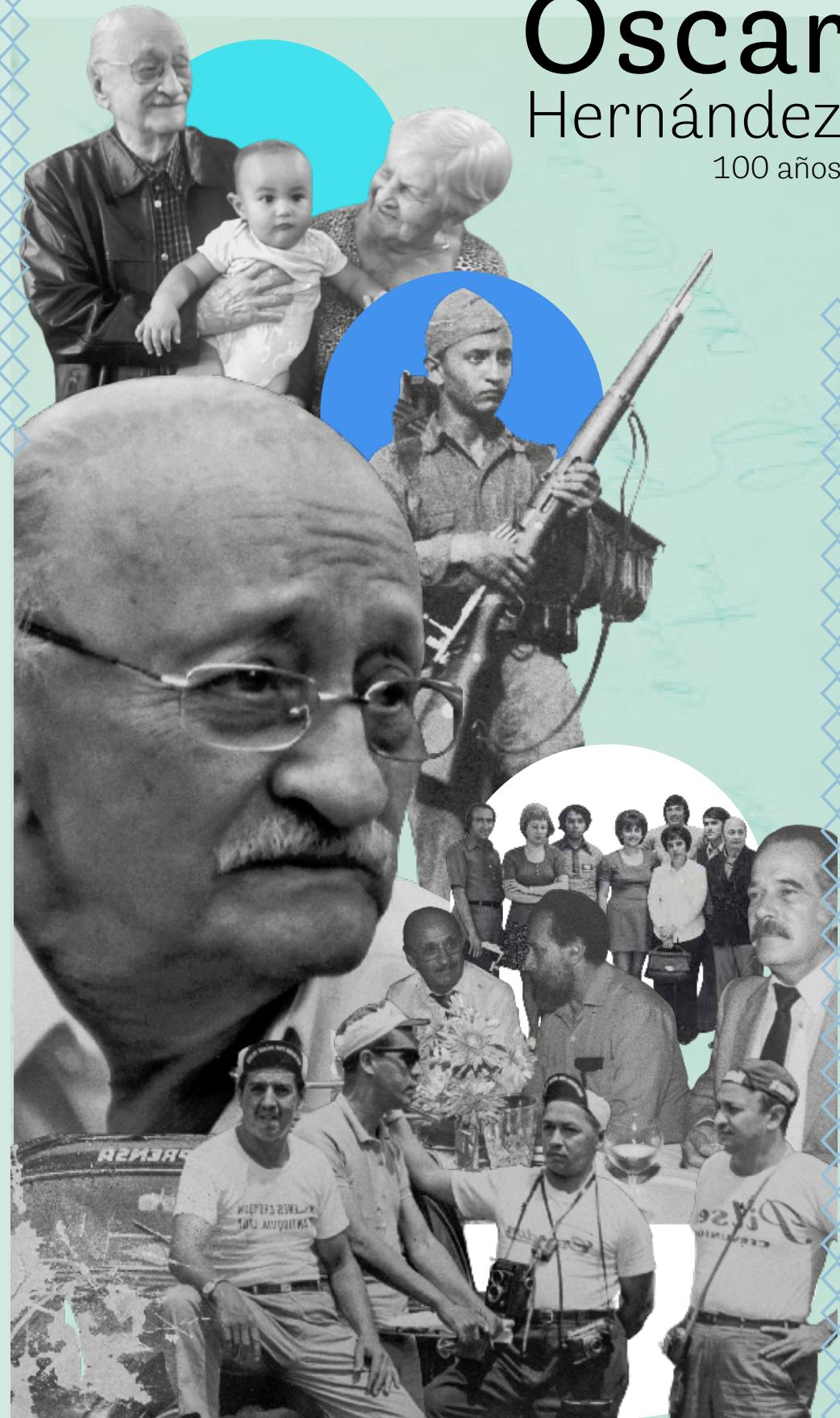


Óscar Hernández

100 años



Escribía como quien silba cuando está contento

Manuel Mejía Vallejo

En la entrega 19, diciembre de 2009, de *Escritos desde la Sala*, en un aparte del comentario que dedicamos a su novela *Cristina se baja del columpio*, enumerábamos así el quehacer de su vida: “Empleado fabril, boxeador juvenil, futbolista, cantinero (dueño del Bar Martini, en el barrio Guayaquil), dueño del estadero Caminito, fundador de una fábrica de gaseosas en la Costa; columnista de *El Correo* y de *El Colombiano* durante toda su vida; director del diario *El Sol*, cofundado por él; jefe de redacción en varias publicaciones; director de la revista *Vea Deportes*; corresponsal de las revistas *Estampa*, *Arco*, *Deporte Gráfico*, *El obrero* y otras; periodista en Radio Sutatenza por más de quince años; libretista de programas radiales en RCN, *Ecos de la Montaña*, *Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia* y otras emisoras; corresponsal de agencias extranjeras, locutor deportivo; director de la Imprenta Departamental y de la Colección Autores Antioqueños; cofundador de la Editorial Papel Sobrante; Coordinador del Festival Latinoamericano del libro en Bogotá, Caracas, La Habana y Medellín”¹.

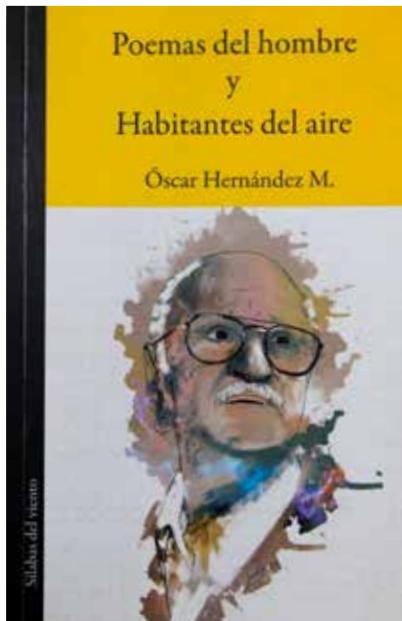
El recuento esquemático de su vida laboral impone una sensación estimulante de vida asumida en el polo opuesto de todo adocenamiento, de existencia cumplida “al tope”, como lo proponía Garrincha, el mejor futbolista de todos los tiempos, cuando confesó: “Yo vivo la vida, no dejo que ella me viva a mí”. Pero tratándose de un artista, de alguien para quien su ser en el mundo es inseparable de su quehacer creativo, hay que pensar las cosas como lo propone Marguerite Yourcenar en su ensayo sobre Cavafis: “Cavafis ha dicho y repetido que su obra tiene su origen en su vida; esta, en lo sucesivo, yace por entero en aquella”. Por eso es en sus poemarios, libros de cuentos, crónicas, reportajes y novelas, donde lo vamos a encontrar a Óscar Hernández “de cuerpo entero”: aquello que fue esencialmente como hombre, lo que extrajo de esa experiencia para mejorar la conciencia sobre nuestras vidas, su legado literario, que es el centro de nuestro homenaje al centenario de su nacimiento, y que realizamos en esta edición de *Escritos desde la Sala*, como lo hicimos en los casos recientes de Manuel Mejía Vallejo, Belisario Betancur, Castro Saavedra y Luis Tejada, con una selección de textos representativos de lo mejor de su talento en los distintos géneros que cultivó, selección que se hace a conciencia del límite inevitable impuesto por las páginas disponibles en nuestra revista, pero que cumplimos como testimonio de agradecimiento emocionado a su obra y para estimular su lectura en las nuevas generaciones.

El editor

1. A los datos biográficos pergeñados por mí para el artículo mencionado, agrego aquí otros que debo a la antología *Óscar Hernández M. Un hombre entre dos siglos*. Colección Letras vivas de Medellín. Silaba Editores, Alcaldía de Medellín (Secretaría de Cultura Ciudadana), Medellín, 2011.



LA POESÍA DE ÓSCAR HERNÁNDEZ



Cronista, reportero, cuentista y novelista, Óscar Hernández Monsalve fue ante todo un poeta, reconocimiento validado más que por la mayor cantidad de poemarios respecto de los demás géneros literarios en el conjunto de su producción bibliográfica, por ser su poesía el centro de una visión del mundo que ilumina el conjunto de su quehacer literario y periodístico, y abarca la parábola completa de su vida como hombre, tal y como se ratificó en el homenaje con el que familia, amigos, editores, músicos, lectores y escritores, celebramos su natalicio número cien el pasado 5 de noviembre en el auditorio de la Biblioteca Pública Piloto.

De obligación, pues, incluir en la entrega 31 unos cuantos de sus muchos poemas. Esperamos haber acertado en que esos pocos fueran de lo mejor de su producción, de aquellos que filan entre los más conmovedores. Ocupan un lugar diferente en la revista, desde luego, a los poemas que lo acompañan en la sección específica que acostumbramos dedicar a la poesía, y en la que alternan en esta ocasión voces reconocidas en el panorama nacional de la poesía con otras en camino de hacerlo, y con dos de mujeres que lo hacen por primera vez, aun cuando ya han publicado su primer libro, aunque en géneros diferentes.

El editor

Dolly

También a ella la cobijó la muerte. Y yo pensé, al ver su risa de siempre, que Dolly no se iba jamás de este mundo. Esas noticias lo dejan a uno clavado en el suelo, como si pusieran un alfiler a una mariposa contra el piso. Dolly Mejía se fue. Se va. No vuelve. No es. Dolly Mejía no vuelve a escribir poemas, ni libros, ni amor, ni vuelve a hablar con su risa galopando entre las palabras.

Sí, en Bogotá, en la frialdad de la frase “Hospital Militar”, la poetisa antioqueña de la entrañable ciudad de Jericó, dejó la tierra suya. O volvió a la tierra suya. La tierra tiene dos modos de enunciarse. Irse de ella a regresar a su seno. Dolly y sus libros. Dolly y sus artículos en los periódicos colombianos. Dolly y sus recitales en Medellín, donde todos la amábamos.

Se adelantan las mujeres en esto de vivir y morir. Como si la hermana muerte hubiera dicho a Dolly Mejía en su sala hospitalaria, mientras le tendía la mano amiga y acogedora:

—Las damas primero... por aquí.

Y nos resuena otra vez la risa de Dolly Mejía, recordamos sus poemas de la época dorada. Dorada de todos los de la pléyade, los de la hermosa y fructífera y luminosa manada lírica.

Ella fue la que una tarde escribió para siempre algo que para siempre vamos a llevar en el recuerdo: “Se me volvieron hombres los muchachos de mi pueblo”.

Y nosotros podríamos salmodiar oscuramente: se nos volvieron polvo las mujeres de antaño.

Papel sobrante y poemas del siglo XXI.

Medellín: Sílabo, 2017.

Abandono

Ya no hay a quien decir
volvió el pájaro azul
aquel que vino el martes
ya no hay quien corte las uñas
mida la leche en el café
simplemente no hay quien
y hasta aquel que fue mi hijo
dicen que lo han visto en el cielo
trajeado como siempre
con aquel traje corazón
aquel hijo que pasó
vestido de amor por este mundo
tampoco ella volvió al pastoreo del amor
que le llenaba el rostro de su tibio vaho
tranquilamente levantó la mano
y llenó con su adiós toda la casa.

Papel sobrante y poemas del siglo XXI.
Medellín: Sílaba, 2017.

Detrás del espejo

La última vez
que me miré al espejo apareció un duende
burlándose de mí...
No me miro al espejo
porque nada mío encuentro en él
además y no lo creerás
no tengo espejo
porque no tengo cara para darle un rostro
un rostro que tuve alguna vez
se quedó llorando frente a otro
y finalmente dicen que murió
llorando por sus ojos de cristal
y con un gesto amargo
lo hice pedazos y me despedí
de todos los espejos
y de mí de mí de mí
dije mi adiós a todos los espejos.



LA NOVELA DE UN JOVEN IRACUNDO

de 84 años

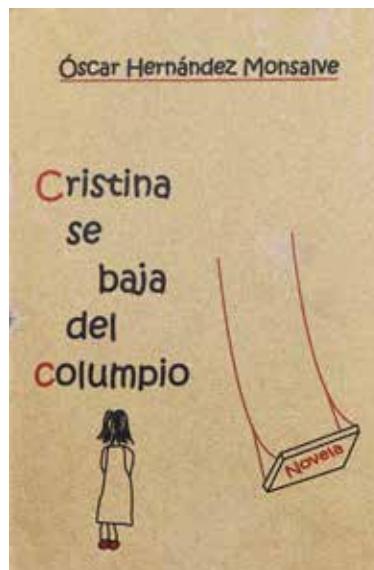
Aprovechamos este especial dedicado a la vida y obra de Óscar Hernández para rescatar la reseña que el editor de esta revista escribió sobre su segunda novela, *Cristina se baja del columpio*, en nuestro número 19. Una novela que sigue a la espera de una edición digna.



Jairo Morales Henao

iHacía 44 años que el autor no publicaba una novela! (*Al final de la calle*, 1965, finalista del premio Esso). En 1988 la colección Ediciones Autores Antioqueños reeditó su poemario *Las contadas palabras*, aparecido originalmente treinta años antes. A su bibliografía deben agregarse seis poemarios más (*Los poemas del hombre*, 1950; *Versos para una viajera*, 1966 y *Poemas de la casa*, del mismo año; *Del amor y otros desastres*, 1978; *Después del viento*, 2001 y *Hoy besarás y habrá buen tiempo*, 2009); uno de cuentos: *Mientras los leños arden*, 1955; uno de prosas: *El día domingo*, de 1962, y una antología: *Antología de poesía antioqueña*, 1961. Para una vida fecunda y afortunadamente ya prolongada, no es mucho ni poco, y en todo caso su relativamente escaso número de títulos es compensado por la intensidad de sus contenidos.

Ante la pregunta obvia acerca del relativamente reducido número de libros, sobre todo en el campo de la narrativa, hay que recordar que su autor, además de ejercer el periodismo durante toda su vida, la mayor parte del tiempo en *El Colombiano* pero también en otros medios, algunos fundados y dirigidos por él en los que participó como columnista, libretista, corresponsal, jefe de redacción, colaborador de agencias extranjeras, locutor deportivo, etc., se ha ocupado en vivir fiel a aquella consigna que era fe de vida del mejor puntero derecho de fútbol de todos los tiempos, Manoel Dos Santos, Garrincha, quien proclamaba que la vida no era para dejarse vivir por ella sino para vivirla. Por eso ha sido, además, actor en películas de Víctor Gaviria (premio al mejor actor en 1987 por su actuación en *Los músicos*), boxeador juvenil, futbolista, empleado fabril, cantinero (dueño del “Bar Martini”, en el barrio Guayaquil), dueño del estadero Caminito, vendedor de libros, organizador de festivales del libro,



Premio Mono Núñez por la canción “El premio”, gerente de una compañía de investigaciones de seguros, y detengámonos ya porque esta nota no apunta a su vida sino a su último libro, la novela *Cristina se baja del columpio*.

El solo anuncio de que Óscar Hernández había publicado una segunda novela nos llenó de alegría. Por su edad avanzada lo pensábamos acabado como novelista, conforme con su *Al final de la calle*, de más de cuatro décadas atrás. Una segunda novela se aparta algo de esa circunstancia predominantemente en narradores antioqueños de su generación –excepto los casos de Mejía Vallejo, Escobar Velásquez y Rocío Vélez de Piedrahita, de obra abundante los tres– que se limitaron a unas pocas novelas, como sucedió con Jesús Botero Restrepo, Jaime Sanín Echeverri, Gonzalo Cadavid Uribe, Uriel Osipina y María Elena Uribe de Estrada. En haber entregado casi todos ellos muchas de sus energías al periodismo y en otras circunstancias de índole biográfica, se encuentra tal vez una explicación de la escasez bibliográfica señalada, además de lo debido a las comunes condiciones socioculturales del país.

Lo primero que le provoca decir a uno de esta novela es que no parece obra de viejo sino de un hombre joven y con toda su rebeldía juvenil y espíritu libertario intactos. Y lo es así por los asuntos que toca y la manera de hacerlo, y también por la escritura misma, en absoluto una apacible y tranquilizadora linealidad clásica, que sería de esperar en un escritor de su edad, lejanos ya los ánimos vanguardistas, si es que los tuvo en su juventud.

Desde el primer párrafo el lector desecha también el temor, en general legítimo cuando se abre un libro de alguien de edad avanzada, de enfrentarse a un “legado para la posteridad” o cualquier tipo de discurso admonitorio, tipo “advertencias a la humanidad”, “consejos a la juventud”, etc. Nada de reblandecimientos.

Como Onetti en su última novela, publicada a sus 85 años, **Óscar Hernández Monsalve** mantiene enhiesta su aspereza de los comienzos —también su poesía—, la textura y contornos hechos de precisiones de una prosa que camina del otro lado de toda floritura, sorda ante las sirenas del brillo superfluo, de la mala poesía, de aquella que no es sino sonoridad, brillo vacuo.

Una prosa narrativa que ya en un comienzo —la de *Mientras los leños arden* y otros textos aparecidos por esos años en forma dispersa, como el incluido por Alberto Upegui Benítez en la selección que conforma el libro *Guayaquil, una ciudad dentro de otra*—, unida a la experiencia de vida y de la ciudad que refleja, hacían de él una de las promesas más dotadas de su generación para esperar una obra narrativa de alcance superior.

La materia del relato son seis años de la vida de una muchacha que se baja del columpio de su infancia para entrar en la prostitución. Y seis años de la vida de aquellos de los que está hecha la suya y a los que la suya, por supuesto, también hiere y alegra, es decir, hace.

La novela vive, palpita, al ritmo de **Cristina, una muchacha de barrio popular en Medellín, desde sus trece hasta sus diecinueve años**. Al ritmo y al alcance de lo que entiende del mundo, que es mucho.

En la acertada solución de este desafío —crear un personaje creíble, convincente, evitando hacer de ella una imagen de cartón piedra objeto para ilustrar cualquier discurso sociológico, político, religioso, moral, etc.—, se encuentra uno de los mayores aciertos de *Cristina se baja del columpio*.

Queremos decir que es en la construcción de la voz narradora, en su lugar respecto de la historia que cuenta, en ese saber mantenerse suficientemente cerca de sus personajes pero no por encima de ellos, **no juzgándolos —tampoco compadeciéndolos, haciéndolos objetos de discursos lastimeros—**, que la novela alcanza su poder de imponerse al lector como una historia no solo verosímil sino de atractiva y poderosa humanidad.

No insinuamos, claro, que la construcción de esa voz narradora haya sido una decisión de laboratorio, en frío, teórica. No. Más bien creemos que es un remanente del pasado de boxeador del autor, porque esa voz narradora se faja con los personajes cuya historia cuenta sin pretender justificarla ni perdonarla —solo contarla— y narra cómo ellos se fajan entre sí, sin tregua de bronca y ternura. Para ninguno es posible el burladero del escamoteo. Tampoco para quien pretenda juzgarlos, reducirlos en un fácil juicio moralista.

Los episodios que selecciona y relata, recurriendo a su representación particular o a la elipsis que resume en trazos intensos y amplios muchos sucesos de la misma índole, son lo suficientemente bien escogidos como para afirmar que abarcan en extensión y profundidad los contenidos de pena y alegría de unas vidas en el filo de la penuria, donde el diario sobrevivir es ya una victoria, como también lo es la presencia del amor en medio de los roces ocasionales y los enfrentamientos permanentes nacidos de sus diferentes caracteres y destinos, y de la pobreza misma:

Los hizo aquella casa, ese barrio, las arepas de la Gorda. La gente que iba y tocaba a la puerta para dañar el sueño de papá (...) Gente toda hecha de jirones, a golpes, a porrazos de tiempo y suerte y vida (...) Grupo aquel de gente que se iba formando en sus mesteres, sus palabras, sus penas y dosificadas alegrías (...) La escoba, la llave de agua, los paseos en la casa. Las respiraciones que van señalando a cada quien (...) Claro, debí salir con los bluyines amarillos, pero como mamá no me los pudo lavar anoche por la pelea, pues no había más remedio que ponerse este chiro (...) Lo que le pasa a uno por no tener más bluyines y es que como hace tanto no me compran ropa (...) Toses, canciones de antes y de hoy, pero en el fondo hay un resuello amoroso en toda aquella mañana que seca el llameante sol terrenal.

Y de pronto, en medio de esas imágenes —momentos, tan eficazmente sintetizadoras de esas vidas y del tejido que los une tanto como distancia en los momentos de dolor, incomunicación y soledad, una escena completa, como la que narra el comiendo de la amistad de Elías, un muchacho de la calle, y Antonio, clase alta, en un salón

de billares, donde el relato se apoya en un diálogo desplegado con cierto detalle. Sin embargo, es claro que predomina la pincelada que sintetiza. No resistimos el deseo de reproducir dos más de este tipo de imágenes, no solo por su valor de síntesis sino por su poder expresivo: “Lo voy a llevar toda la vida. Eso de habernos sentado por meses en el quicio de la casa, de haber estado juntos entre el polvo, la calle, los columpios y todo lo demás, es más grande que toda su porquería de gente grande y seria. ¡Serial!”, resume Cristina su amistad de infancia con Pepe, el amiguito entrañable, al que no puede ni, sobre todo, quiere olvidar después de que lo mata un carro. Y de esta manera el paso sin transición que da la vida de Cristina entre su infancia y la prostitución: “Columpio, auto rojo, estadero. De las naranjas de mamá a las rodajas de limón en brazos de sacerdotes pingüinos. Ron, trece años largos, casi podría decirse un buen tiempo para no perder gota de Tom Collins. Una gota de vida. No desperdiciar las horas, ¿eh, Cristi?”.

Y aquí es necesario aclarar que en absoluto la novela se inscribe en un realismo convencional, por lo menos no en aquel que recrea un mundo con minucia verista, notarial, esa imposible y tediosa aspiración al paso a paso. El relato en ningún momento cae en la sosera de esa linealidad minuciosa. De haberlo hecho, el autor hubiera necesitado de varios volúmenes para cumplir su proyecto. Recurrir a modernas, novedosas y aun arriesgadas perspectivas de narración, le permitió obviar el peligro de esa monotonía; romper una siempre posible pasividad del lector al obligarlo de tanto en tanto a cambiar de ángulo de visión de la historia, ampliando y profundizando de ese modo sus planos de comprensión de esta –lo desacomoda para acercarlo más–; trascender el mero plano anecdótico por medio de la ironía, la crítica, la sátira de valores y códigos ideológicos caducos, no solo en relación con la moral sino en relación con la manera de enfrentar la vida en general, en otras palabras, por medio de la reflexión, del pensamiento; diferenciar su historia del muy manido asunto de la muchachita que se prostituye, convertir el tema en pretexto para un ahondamiento en él, vía distancia crítica con el medio y vía construir una peripécia muy particular (de esta manera capeó muy bien el acecho de la “novela de

tesis”, de denuncia social), y, además, investir de una individualidad inolvidable, que hace pensar en ellos como si de verdad hubieran tenido existencia histórica, a Cristina, Elisa, el policía padre de esta, la Gorda, Antonio, Elías, el periodista, Pepe, la abuela Damiana, don Justo, la tía Julia, Toro Pacho, el papá de Cristina y Tomás.

Los recursos mencionados, además de las ya ejemplificadas imágenes elípticas, son el monólogo interior (p. 82, sin puntuación); la alegoría (ese cuerpo intermedio, especie de mayéutica esperpéntica, donde el relato se deja en manos de personajes-entidades: doctor Lobo, doctor Gavilán, doctor Serpiente y doctor Gato Paloma, en los que el narrador hace mofa de los lugares comunes de la razonabilidad para “explicarse” y juzgar el “caso de Cristina”); apartes de escritura de forma teatral, diálogo, soliloquio o combinación de los dos, para dar cuenta, por ejemplo, del acontecer externo del desayuno familiar del día de matrimonio de la abuela Damiana (13 años) y don Justo (podría ser su padre) como de los pensamientos y sentimientos que acompañan ese día a protagonistas y espectadores, entregando la palabra por meses: “MESA NÚMERO UNO, ATENCIÓN: DON JUSTO POR DENTRO: Ahora ya es mía la pollita, como dijo el padre... cuando se vaya toda esa gente, suaz, a la cama (...) DON JUSTO POR FUERA: Damiana, ya somos marido y mujer (...) MADRE DE DAMIANA (...) NIÑA UNO (...)”, etc.; o para abarcar el acontecer simultáneo en un cabaret, recurso que permite romper la cárcel del horizonte realista al posibilitarle a la voz narradora pasar de un plano espacial a otro, así le sea contiguo, sin transiciones, rodeos ni amarres externos, y que le otorga una vivacidad al relato que no sería posible de otra manera; también la poesía es uno de esos recursos, pero entendiendo su presencia no como una decisión superficial y exclusivamente instrumental, técnica, ni como utilización de giros “bonitos”, de sonora y brillante palabrería de adorno, sino como visión, como lectura del mundo desde la imagen que desvela o condensa, por ejemplo, un drama de soledad en la secuencia de unos gestos mínimos y anónimamente rutinarios cumplidos por una mujer en su casa, pero en cuya superficie anodina el poeta que hay en Óscar Hernández hace aflorar toda la desolación por medio de un giro de

naturaleza poética dadas la presencia de lo metafórico y de cierto animismo, y de la sorprendente agudeza de su conciencia sensible (del narrador) sobre la pena de su personaje. Veamos:

Más seria que nunca la tía Julia alisó su vestido. Comenzó ese viaje íntimo por las piezas. El viaje aquel que hacen las mujeres entibiadas por algo, el ir de un sitio a otro doblando y recordando telas y suspiros. Pasos y puertas quedan entre las manos como si las partieran en trozos invisibles. El viaje hizo un alto en el cajón. El lejano. El que no regresaba. Un rostro mostraba el lado derecho, rostro de hombre serio y laborioso. Un seco animal de caminos que no terminaban en la sala de la tía Julia (¡!).

Poesía de la mejor ley. ¿Qué detallado retrato realista podría ahondar en el personaje lo que aquí consigue en estas líneas? Las mudas narrativas reseñadas en este párrafo y el juego de espejos que establecen sus diferentes escrituras, ubican a *Cristina* se *baja del columpio* en nuestra modernidad literaria y le conceden su indiscutible talante experimental.

Pero la novela debe también su pegajosa vitalidad a un acierto más: la construcción particular da la voz narradora, fundamental cuando se quiere ganar la credibilidad del lector. Claro está que el lugar desde el que narra el periodista la historia de Cristina, su familia y sus otros amigos y conocidos –esa cercanía que es acompañamiento, deseo de contar sus aventuras y desventuras, no balcón para mirarlos por encima del hombro y juzgarlos (escribir es desnudarse, se ha dicho muchísimas veces), pero no es del caso aquí ocuparse de ella, sí de lo que cuenta el narrador que se ha inventado, y de cómo lo hace, asunto del que ya hemos señalado algunos rasgos. Lo mejor para entender el carácter del lugar desde el que se narra la historia es escuchar esa voz:

En cambio, vos Cristina, putica inocente, tenías la tranquilidad de las personas serenamente vivas; no eran para vos el pecado, ni la culpa, ni el castigo, ni la impureza. Simplemente era parte de aquel día, de esa noche. (...) En el mundo, sabios,

no hay pureza; ni la habrá. Para eso se han inventado los ángeles. Pero sí puede existir algo mejor que todo esto, que todo este montaje para acusar a una chica y prender el mundo por sus pantalones.

Escuchemos ahora a Cristina hacer uno de sus ocasionales, ingenuos pero puros balances de su vida:

—¿Vas a creer que Antonio tuvo que ver mucho en esto de mi vida? ¿Que fue malo y yo no? Él pasó en el carro por el parque, él pitó, él volvió a pasar. Él me invitó, todo eso es cierto... pero si llegamos hasta eso, le echamos la culpa a los columpios, a los policías que cuidaban niños en el parque. Yo estaba en el parque porque había columpios, porque había un policía viejo y barrigón que me contaba: tengo una hija igual que usted, le gusta columpiarse pero en el barrio mío no hay columpios (...)

La cita nos sirve para señalar que al acierto de la construcción de esa voz del narrador personaje que ama, respeta, comprende y canta, sin tampoco beatificar, aquellas vidas que acompaña en su aventura humana y que cuenta como expresión de ese acompañamiento, se adiciona este de darle la voz a cada rato a sus personajes para que se digan en sus propias palabras:

de esa manera sus criaturas se independizan de él, ocupan por páginas el primer plano y ganan así esa condición privilegiada de inundar al lector en la sensación de habérselas con personajes que de verdad existieron históricamente. Todos convencen de esto por igual: los broncos, como don Justo y Pacho Toro; los débiles, como Elisa; los que aceptan las cosas, como el papá de Cristina; los que se les resisten, como la Gorda; los heridos en

su sexo, como Elías; los olvidados como la tía Julia, o los que viven la vida tal cual venga, como Cristina.

Ahora que los circuitos comerciales del libro privilegian e imponen lo que se ha venido en llamar porno miseria literaria; ahora cuando se entra ganando en el mundo editorial si la novela o libro de cuentos en capilla se ocupa de las autodefensas, la guerrilla y el mundo del narcotráfico, o del escándalo sin tregua de la corrupción política, sin que importe mayor cosa que tan chabacanamente puedan estar escritos, constituyen una bendición para los lectores de siempre libros de reciente aparición entre nosotros como esta novela *Cristina se baja del columpio*, del veteránísimo Óscar Hernández, que se ocupa con la eficacia ya señalada en estas páginas de otros mundos que también hacen parte de nuestra realidad y que por ese hecho se cae de su peso que se justifican como tema de nuestra narrativa, personajes como la Gorda, símbolo vivo de incontables mujeres que no dudarían en sumarse al recuento exacerbado de lo que es su vida hecho por ella misma:

Estoy así, como ven, por culpa del Papá y por ella; porque el Papá no piensa en Cristina y porque se la pasa en la cama comiendo y asegurando que el día es para descansar y la noche para dormir. Cristina ha hecho lo que ha hecho porque... bueno, yo no puedo asear la casa, limpiar la vajilla, trazar la moral, pelear con las vecinas, llorar por toda la familia, abrir la puerta

hasta las tres de la mañana, pagar las cuentas de agua y luz, sacar la basura, acostarme con el papá cuando llega borracho, limpiar los pisos cada semana, brillar los vidrios, contestar el teléfono, atender las visitas, comprar la comida cada día, madrugar por la leche, asistir a entierros, bautizos, piñatas, velorios, lavar la ropa, planchar la ropa, almidonar la ropa, remendar la ropa, comprar fiada la ropa, corregir el reloj, conseguir el periódico por la mañana, rezar por la noche, limpiar la baldosa, quitar el polvo de los muebles, mantener brillantes las paredes, regar las flores, y, encima de todo esto, coser para la gente de la calle a fin de ayudar en los gastos al papá. ¡Encima de todo, trabajar! (...) Bien, no podía cuidar a Cristina, hacerle las tareas, y por eso creció así, sola, de la puerta a la calle, de la calle al parque, del parque al columpio, y de ahí ya sabe hasta dónde ha llegado.

No podemos dejar de mencionar por aparte otro riesgo corrido por el autor: hacer de unos muchachos algunos de sus personajes centrales. Fue otra apuesta contra su vejez cronológica porque la novela va a ser leída hoy y entre los lectores los habrá jóvenes y adultos que tendrán una de sus referencias en la juventud actual. Si a nuestro juicio también en este aspecto salió bien librado –todos sus personajes son igualmente convincentes– es porque el autor sigue teniendo la juventud suficiente para sentirse uno de ellos.

La novela fue, pues, un desafío personal y una apuesta muy ambiciosa en muchos sentidos y, como dice el lugar común, el autor se salió con la suya. *Cristina se baja del columpio* entra en la literatura contemporánea antioqueña y colombiana, ya lo dijimos, con un talante novedoso, experimental, atrevido hasta lo iconoclasta, valientemente marginal a las narrativas comerciales.

Al cerrar el libro permanece la sensación de haber asistido a un breve pero intenso trozo de vida verdadero de unos personajes de efectiva existencia histórica. Lograr esa ilusión de vida es pasar la prueba reina de la eficacia de un relato ficticio.

Lástima la abundancia de erratas. Muchas, pero muchas. Dolorosas algunas. Que un descuido agregue una “o” al comienzo de la palabra “culto”, convirtiéndola en “oculto” (p. 48), pase, hasta cierto punto, pero escribir jirón con “g” (“girón”), no pasa (p. 41). Bonitos el diseño y dibujo de cubierta, no la falta de solapas. Algun día esta novela tendrá la edición que merece (¿será que las editoriales comerciales con sede en Bogotá tendrán un gesto de inteligencia publicando esta novela como debe ser, haciendo a un lado el prejuicio contra la provincia, que subsiste, y el de una edición de autor que apareció sin estruendo, a pesar, o tal vez precisamente por eso, de la trayectoria notable de su autor?).



ÓSCAR, HACE UN SIGLO QUE NACISTE

Lucía Donadio

¿Cómo celebrar este siglo de tu nacimiento? Pienso en escribirte un poema que se parezca a los tuyos, que cante a tu vida y a tu ausencia. Llevarte una torta de cumpleaños, como lo hice cada año desde que te conocí. Con helado *light*, me decías, no se te olvide. Un día no encontré helado *light* y me preguntaste si era *light* y te dije que era medio *light* para que te lo comieras tranquilo. Crees que soy medio bobo, me dijiste con sorna. Así era tu humor, afilado y alegre.

Nos conocimos en Otraparte en 2010, cuando se presentaba la edición de *Las contadas palabras y otros poemas* de la editorial de la Universidad Nacional de Colombia. Nunca imaginé que ese encuentro daría pie a la gran amistad que tuvimos. A los pocos días me llamaste y me invitaste a ir a tu garaje, como le decías a veces a tu casa, a tu estudio. Había sido el garaje de la casa familiar y lo organizaste para vivir en él. El frente tenía pocos metros, pero se extendía hacia el fondo, hasta el que fue el patio de la casa donde vivían tu esposa e hijas. Te gustaba la soledad. Escuchar tangos, escribir poemas y leer eran tus oficios. Cocinabas muy poco. Para ti lo más importante de tu cocina era el abrelatas.

Te pregunté por tus libros publicados. Apenas tenías un ejemplar de algunos de ellos. Los voy regalando, o se me pierden, como tantos poemas que he extraviado. Nadie se interesa en publicarme, yo vivo aquí encerrado. Luego, con una felicidad de niño, me mostraste los libritos artesanales que hacías. Mandabas a sacar de veinte a cincuenta fotocopias de los libros que ibas escribiendo en tamaño media carta y los numerabas. Creo que llegaste a hacer cincuenta de esos libritos. Así les decías. Los pegabas con ganchos negros. Y luego empezaba la alegría de regalarlos. Me llevé varios. También me mostraste las copias de los dibujos que te había hecho Fernando Botero en 1969, para que los incluyeras en un libro tuyo. Tuviste que venderlos en una emergencia familiar, pero en esa época Botero no era aún famoso y solo te pagaron unos cuantos pesos.

Llegué a mi casa a leer tus poemas y me produjo una enorme tristeza que tanta hondura y belleza, tanta luz quedara entre las sombras de esos libritos fotocopiados.

Me propuse hacerte un libro. Le hice la propuesta a Guillermo Cardona, director de la Fiesta del Libro y del Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de Medellín.

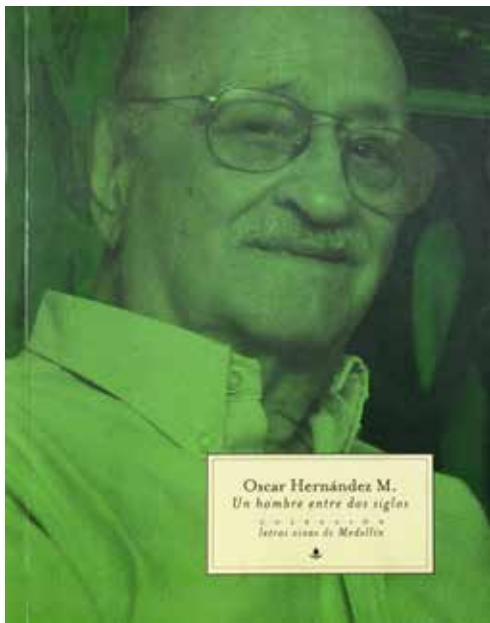
Muy pronto tuvimos la aprobación para publicar el libro en la Colección Letras Vivas de Medellín. Juan Manuel Roca hizo el prólogo, incluimos los dibujos de Botero y la carta que los acompañaba. Por primera vez en tu vida te pagaron derechos de autor por tu obra. Seleccionamos poemas de tus libros publicados y de los nuevos. También algunas crónicas y la entrevista que le hiciste a Pelé en el año 1960.

Yo soy un hombre entre dos siglos, me dijiste pensando en el título y así quedó: *Un hombre entre dos siglos*, con tu foto en la portada, publicado en 2011.

Una persona que nunca faltaba en nuestras conversaciones era tu único hijo hombre, Óscar Luis, quien murió muy joven y a quien tuve la dicha de conocer. **Se te encharcaban los ojos cuando lo nombrabas. Y me mostrabas el anturio que te había regalado, y al que nunca regabas pero sobrevivía. Dura más una planta que un hijo, me decías.** Yo te acompañaba en silencio y con algunas lágrimas. También hablábamos de todos tus oficios. **El que más recuerdo es el primero a los 13 años: exterminador de hormigas arrieras en la zona cafetera.**

Hablábamos de libros, de la familia, de la vida, del tango y de tus historias. En medio de esas conversaciones yo soñaba con publicarte otros libros. Así llegó *Dos poetas colombianos*, publicado en 2012: Óscar Hernández y Luis Arturo Restrepo en un solo libro. Dos poemarios completos que conversan desde orillas diversas. *Experto en muros blancos* era tu poemario. Varias veces me decías que tu oficio de estos últimos años era ser experto en muros blancos; es lo que veo y oigo cada día, me contabas.

Te fuiste entusiasmado con los libros que publicábamos. No volviste a sacar fotocopias. Hubo épocas en que me enviabas tres o cuatro poemas a la semana y yo los guardaba para el próximo libro. A veces me llamabas y me los leías por teléfono, y luego me los enviabas por WhatsApp o por e-mail. Llegaste a tener dos celulares y un teléfono fijo también. Sino me encontrabas para leerme el poema de inmediato, te desesperabas y me decías que te diera una cita para



leerme el poema. Luego dejabas un mensaje lleno de risas diciendo que ya tenías otro poema distinto, que el anterior ya no valía. A veces los borrabas o decías que se perdían en la nube. Yo trataba de guardarlos todos en un archivo nuevo que empezaba cada año, pero hubo muchos que no logré conservar. Pensaba que estaban guardados en tu computador. Después de tu muerte, Tatiana, tu nieta, no logró rescatar casi nada del aparato. La mayoría de las carpetas estaban borradas.

Para celebrar tus 90 años soñamos juntos otro libro. Querías un libro grande y gordo, que tuviera poesía, cuentos, crónicas y novela. Así concebimos *De vida, ángeles y ozono*, que presentamos en la Biblioteca Pública Piloto un 2 de noviembre en medio de mucha alegría, a pesar de que te veías ya más deteriorado y con dificultades para caminar. Este libro contiene varias secciones: la de poemas nuevos, llamada “El otro paraíso”; la sección de crónicas, que se llama “Naranjas ajenas”, en recuerdo de las naranjas que tú y Manuel Mejía Vallejo cogían de los árboles cercanos al colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana donde estudiaban; la novela “Fondo de hormigas” y la sección de cuentos “No pise la grama”. Ya tenías escogida la foto de la carátula, de una serie que Tatiana te había enviado de un viaje por la costa. Solo faltaba sacar el ángel del cementerio y ponerlo en la salina, me decías.

Al comienzo del 2016 me pediste que publicáramos *Poemas del hombre*, de 1950, y

Habitantes del aire, de 1964, juntos en un solo libro. Te gustó la idea de publicar varios libros en uno, o mezclar poemas y crónicas. Hagamos dos en uno, o tres en uno, así nos rinde el oficio, me decías. Fueron tus primeros dos libros, los amabas por sobre todos los otros y nunca habían sido publicados completos, desde esa primera edición. La dedicatoria ya estaba lista: “Estas páginas más que un libro son un largo pedazo de vida”.

Tus dedicatorias eran siempre singulares y bellas. Me las dictabas por teléfono cuando se te ocurrían. Algunas las recuerdo especialmente: “Estas páginas son para aquella hermosa gente que aprendió a perder el tiempo leyendo un poema entre la soledad de un libro”; “A ese innumerables personaje que se llama la gente”; “Al Hijo del hombre y a todos sus hermanos”.



Tu insistencia me conmovía y te prometí que lo haríamos lo más pronto posible. Había que transcribir todos los textos y revisarlos. En junio de 2016 salió *Poemas del hombre y Habitantes del aire*, con un retrato digital tuyo en la carátula, que el joven Jesús David León Hernández, que trabajaba en la Biblioteca Popular No. 2, te había hecho para una reunión que tuvimos allí, invitados por la querida bibliotecóloga Gladys Manrique. Recuerdo con emoción el día que encontraste un error en ese libro. Me lo mostraste y al ver mi preocupación te reías diciendo que no sufriera por eso. Tienes que poner en el colofón de todos tus libros una leyenda que diga así: “Querido lector: si usted no encontró ningún error en este libro, debe ser que no lo leyó todo, pues los libros son humanos e incluyen errores. Así que perdonen los errores y lean felices”.

No habíamos terminado de celebrar *Poemas del hombre y Habitantes del aire* y ya me llamabas casi a diario para pedirme que publicáramos *El día domingo*, tu libro de crónicas de 1962 y un pequeño poemario recién organizado, *Poemas en paz*. Querías que todos tus libros publicados revivieran. Quizás sentías la muerte más cercana y añorabas esos hijos de papel vivos. Que tengan la misma carátula de la edición original, me rogabas. Y un prólogo de Jairo Morales para *Poemas en paz*. Así quedó el libro, que salió publicado en enero de 2017.

Ya no me falta sino *Papel sobrante*, me decías cada vez que hablábamos por teléfono.

Espérame un poco, te decía yo, pues tenemos mucho trabajo y hay otros libros urgentes, hagámoslo para fin de año. Eso está muy lejos, me repetías. Hablamos de la muerte. Te decía que yo también me podía morir en cualquier momento, pero me explicabas con cifras y probabilidades que tú estaba más cerca que yo; que por favor te hiciera ese libro. Cuando te dije que sí me pediste que añadiera unos pocos poemas de los nuevos *Poemas del siglo XXI*. Quince poemas que tú mismo seleccionaste. En junio salió *Papel sobrante y Poemas del siglo XXI*. Celebramos ese libro con inmensa alegría. Estabas invitado a un recital en septiembre durante la Fiesta del Libro y la Cultura, con Juan Manuel Roca y otros poetas. Me llamabas casi todos los días a contarme del recital y de los poemas que leerías. Conversábamos un rato y cuando te decía que tenía que colgar, te ofuscabas un poco.

No alcanzaste a participar en el recital. Moriste unos días antes, el 4 de septiembre de 2017. Ese día habías ido a visitar a una amiga muy querida y allí te sentiste mal pero no te dejaste llevar a urgencias. Pediste que te llevaran a tu casa. Te recostaste un rato en tu cama y luego tu hija tuvo que llevarte en taxi a urgencias. Moriste en el taxi, en movimiento, sentado en el asiento delantero. Moriste montado en uno de esos carros que tanto te gustaban, mientras soñabas con los poemas que leerías pronto. Te los llevaste en tu corazón.

Lucía Donadío

Escritora, editora y coordinadora de proyectos culturales. Se graduó de Antropología en la Universidad de los Andes, Bogotá. También hizo un Diplomado en Literatura del Siglo XX en la Universidad Eafit. Es directora y fundadora de Sílaba Editores. Su trayectoria en el campo de la literatura incluye la coordinación de talleres literarios en varias instituciones. Ha publicado los libros de poemas *Sol de estremadelio* y *Los ojos que me nombran*; los libros de relatos *Álphabeto de infancia* y *Cambio de puesto*; y la novela *Adiós al mar del destierro*. Esta novela fue publicada en italiano por Rubbettino Editore a fines de 2023.





A ÓSCAR HERNÁNDEZ MONSALVE

Anabel Torres

Aquel nombre era un nombre del uso diario en casa, como los de Amalia y Estelita, Luis Alfonso Ramírez, María y Carmen, Humberto Díez, Manuel o Las Palacio. Óscar me vio crecer, adelgazarme y ensancharme. Como yo era muy joven cuando lo percibí, así él me llevaba la ventaja de conocerme yo aún en pañales, a mí podían llegar a asustarme su contundencia; su desenfado; esa costumbre suya de convertirse en un mutante cuando le venía en gana, sin importar quién estuviera cerquita, una perpleja escolar trasplantada súbitamente de Nueva York a San Benito, por ejemplo.

Óscar era rotundo, y comprendí más tarde que sus aristas le servían para seguir rebotando por la vida con el gozo sencillo de su amado y cuestionado Medellín, como si él existiera montado en una moto haciendo un recorrido vertiginoso, donde al final de cada jornada le esperaban el sabio consejo de su madre para la longevidad, un aguardiente, un plato de frisoles y un tango que tarareaba, u oía, según lo que tuviera frente a la mesa.

Una tarde le preguntó a mi madre por qué yo no soltaba la mano de quien luego sería mi marido. Años después nos visitaba en la calle Salamina cuando, ya casada, y soltando aquella mano de a poquitos para ir escribiendo mi primer libro, *Casi poesía*, él me arrebató uno de los papeles que me había atrevido a mostrarle, tímida, y semanas

más tarde veía yo mi poema en el suplemento de *El Colombiano*, del que solo recuerdo mencionaba en él la librería Continental.

Una década después de mi noviazgo, yo soltaba del todo aquella mano de mi adolescencia para agarrarme a la mano de la vida; atropellada por un golpe brutal, sí, pero indemnes el amor y las búsquedas y la ventura que siguen siendo mis hijos. Desde entonces, he saltado las aceras del miedo, de las desigualdades, penurias, o la dicha, sin soltarme de la mano de la vida. A lo ancho y largo, a lo estrecho y como relámpago, seguí viendo a

Óscar Hernández cada vez que lograba viajar a Medellín. Intenté dos veces regresar, en 2009 y en 2010, o parecido. La primera vez viví en una apacible casita de campo en Barichara, Itagüí. Hasta allí fue a visitarme Óscar Hernández, llevado por su leal chofer/guardián. Y allí me quedé perpleja cuando le puso sal a mi yogur casero, yogur característico de esa escasa experiencia bucólica mía. Las últimas veces que nos vimos fue en 2017; nos encontrábamos para oír tangos en el Málaga, por ejemplo, o para visitar a Olga Elena Mattei, en su casa-museo, o yo iba a su casita.

Sin vernos, desde siempre, Óscar y yo sabíamos que el uno estaba pendiente del otro. Nos unieron las palabras, el humor y el amor. Óscar fue de esas personas que de puro "estar ahí" terminan difuminándose, como las cosas de la casa cuando no las usas y, de repente, se encienden y son indispensables apenas las necesitas.

Hoy, releyendo, y sobre todo leyendo, su *Papel sobrante y poemas del siglo XXI*, en esa pulcra edición de Sílaba que Lucía me envió, amorosamente, vuelvo a escuchar a Óscar, observador *sui generis*; a acompañarme de

Óscar. Creo que Óscar, el cínico, el tierno; el calvo, el frondoso, estaría contento, calladito, de que yo lo recuerde como una cosa entrañable aposentada para siempre en la casa de mi corazón.



Anabel Torres



Creció en Bogotá, Medellín y Nueva York. Egresada de la Universidad de Antioquia y del ISS, La Haya. Ganó el Premio John Dryden de traducción literaria en 2001 por *This Place in the Night (Este lugar de la noche)*, de José Manuel Arango. Ha publicado los libros: *Casi poesía* (1974, 1984); *La mujer del esquimal* (1981); *Las bocas del amor* (1982); *Medias nonas* (1992); *Poemas de la guerra* (2000); *En un abrir y cerrar de hojas* (2001); *Wounded Water/Agua herida* (2004, 2022); *Origen y destino de las especies: de la fauna masculina paisa* (2009); *Human Wrongs* (2010); *(No) habrá tropel* (2015); *¿Y la alegría?* (2018). *Amar* (Valladolid, Medellín, Buenos Aires 2023).



HERENCIAS DE UN ABUELO POETA

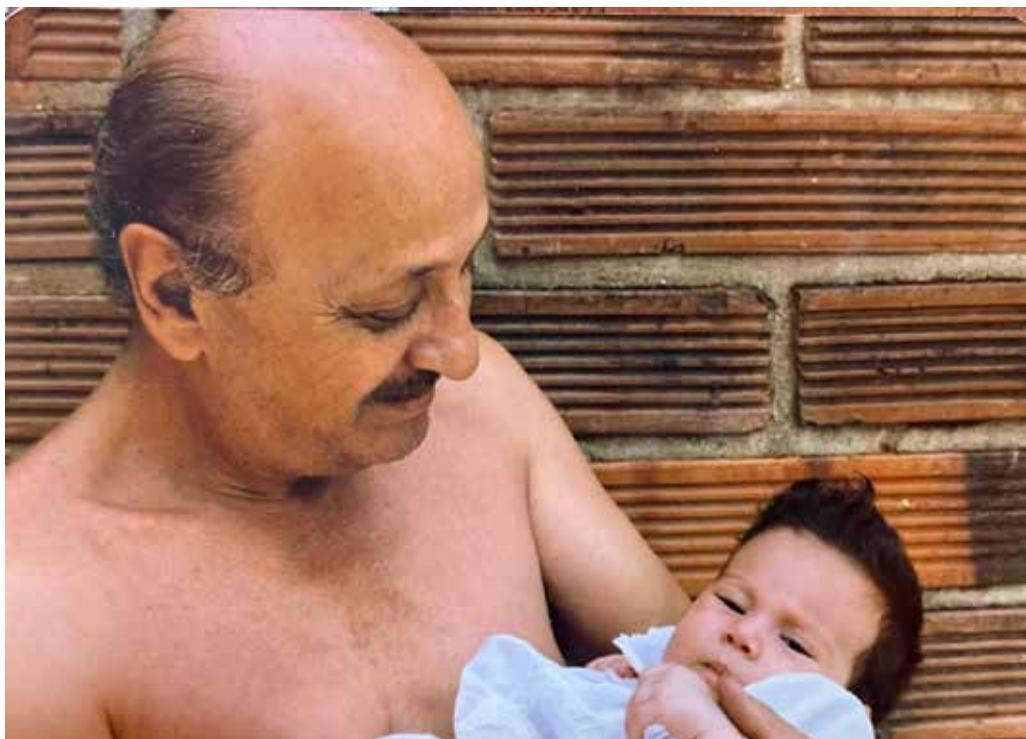
Tatiana Hernández

Voy a ser egoístamente sincera: lo que más amo de mi abuelo, además de su legado cultural y su sentido del humor, es lo que considero su más bella creación: su hijo Óscar Luis, mi padre, un ser hermoso. Escribo esto desde las montañas, desde mi hogar en medio de la naturaleza, en una tierra de aguas fluidas, ríos caudalosos y puros, bosques húmedos tropicales, conciertos de aves y cientos de animales silvestres a mi alrededor. Sé que estoy viviendo en el hogar de mis sueños y también de los sueños del padre y del abuelo. Quise salir de la ciudad, la Medellín amada, cuna de la familia que tantas transformaciones ha sufrido, porque, como bien lo dijo mi abuelo en una entrevista del libro *Medellín a cuatro manos*: “Tanto el amor como la poesía podrían existir más calmadamente sin la ciudad. No le tengo ningún amor ni afecto especial. Nací en Medellín, pero no tuve la culpa. [Las ciudades] son un alarde de riqueza y pobreza”.

Recuerdo a mi abuelo escritor, periodista, actor... como a un personaje alegre e intrigante al que casi siempre encontraba, acostado en su cama durante la tarde porque dormía casi hasta el mediodía, para tener una grata conversación. De él quedan letras, trazos, papel “sobrante” y hojas impresas. Quedan bellos libros, algunos editados profesionalmente por editoriales como Sílaba, Bedout, Universidad Nacional, Letra a Letra... Y otros editados artesanalmente por él mismo y por Sandra Sansón, su querida sobrina, mi prima lejana.

Queda la herencia material de su legado en textos literarios, periodísticos y canciones, algunos de los cuales yo guardo, mientras que los otros, como su biblioteca personal, fueron donados a la Biblioteca Pública Piloto para conservar su legado. Nos quedan herencias de gustos, afinidades y ejemplos a seguir. Y también herencias devueltas, como cuando estando muy enfermo del corazón en la Clínica Cardiovascular, le entregó una buena

cifra de dinero a mi hermano Ricardo, menor de edad en ese entonces, para sus estudios. Mi hermano se compró ese mismo día una moto de carreras; un día después, mi abuelo fue dado de alta y se lo pidió de vuelta! Ricardo, que no supo confesar lo acontecido por miedo a que el frágil corazón del abuelo sufriera por su embeleco, pidió prestado el dinero y se lo devolvió sin que él nunca supiera lo ocurrido. El abuelo vivió varios años más.



El abuelo y yo. Álbum familiar Óscar Hernández.

Y quedan las herencias genéticas, como la sensibilidad y la creatividad, que perduran ahora en mi propia existencia. Atesoro haber sido parte esencial de sus afectos, a su manera; dándonos y quitándonos, nos amó a mi hermano y a mí como a nadie más. Ser hijos de su único varón nos dio privilegios. **Fue generoso y cuidadoso y, cuando murió mi padre, nos adoptó, como si fuésemos sus propios hijos.**

No podía preguntarle por mi padre después de su muerte porque el tema lo derrumbaba. Lo sobrevivió nueve años más. Tuve la fortuna de sentirlo muy cercano, de sentir que le importaba y que me quería, estaba orgulloso de mi decisión de estudiar Artes Plásticas, al punto de querer quedarse con cada pieza artística que yo realizaba; yo, recelosa, no era capaz de negarme, pero le advertía que cuando se muriera todo sería mío de nuevo. Hasta algún cuadro le vendí. Honro la vena artística e intelectual heredada de él y el amor a la naturaleza heredados tanto de mi abuelo Óscar como de mi abuelo materno Efraín, y mis habilidades para las artes manuales heredadas de mis abuelas Rocío y Gabriela. Quise ser actriz de cine como él, pero no me apoyó cuando se lo pedí, por ser un gremio convulso. A pesar de ello, siempre sentí que nací con dos premios Óscar ganados: mi abuelo Óscar y mi papá Óscar Luis.

Le agradezco a mi abuelo por enseñarme que dormir y soñar es bueno, muy bueno e importante, de día o de noche, no importa. Su ejemplo me permite descansar sin remordimientos, respetando mis ritmos lentos, tranquilos, diferentes.

Una noche soñé que estaba con mi abuelo y con Lucía Botero, una amiga suya también periodista, esperando al resto de la familia en una fonda de camino para cantarle el cumpleaños a un primo. Recuerdo que él llegaba con un paquete de tortas de varios tamaños e insumos para decorarlas: flores de crema, velas, capas de chocolate. Y mientras arreglábamos las tortas comíamos pedazos y sabía delicioso. Le agradezco, también, por enseñarme sobre el buen gusto, lo inteligente, lo saludable; por corregirme “el hablado” y la ortografía; por invitarme a buscar y seguir “el punto medio” de todo –los extremos traen problemas, incluso en la autopista el carril del medio es el más apropiado, decía–. A creer en el olfato, en la nariz para decidir por dónde seguir. Además, por abrir su puerta y recibirme en las madrugadas al llegar de las fiestas en mi adolescencia y por sugerirme a menudo que viera el canal de la televisión alemana DW por su buen periodismo; puedo decir que ahora es mi canal preferido.

Me gustaba cómo cantaba, y cuando se juntaba con mi abuela Rocío para compartir su afición por el tango y tararear una que otra estrofa juntos, porque el ambiente se hacía bello y melancólico; sonaban serios y dramáticos, pero amorosos a su manera. Me gustaba que vivieran juntos, pero no revueltos, y me gustaba más que mi abuela parecía tranquila con eso; él pasaba a saludarla alegremente a ratos, o ella lo saludaba a él desde una puerta de la cocina que daba a su habitación, porque, así como mi hermano Ricardo es arquitecto, el abuelo también amagó serlo y dividió la casa familiar en tres casas bien particulares. El abuelo decidió irse a vivir al garaje, aunque nunca quiso separarse de la familia que era sagrada para él. Siempre me pregunté qué sentía mi abuela al respecto y un día le hice la pregunta, me respondió que era un descanso para ella tenerlo cerca pero no en el mismo espacio. Cada uno con sus ritmos y sus cosas. Porque

entre tantas cosas él amaba a las mujeres, sus amores reales e imaginarios, las que lo acompañaron hasta el final; un séquito de amigas, la mayoría llamadas Lucía, lo custodió con tertulias alegres y tardes amenas de conversación y poesía.



Los abuelos con su nieto Ricardo. Álbum familiar Óscar Hernández.

En sus últimos años fue muy autosuficiente, lúcido y ágil mentalmente, aunque era evidente que su salud menguaba y eso lo preocupaba mucho y lo afanaba a hacer cosas con prontitud. Las ideas le fluían en la mente como un caudal y nos pedía ayuda a los de las generaciones más recientes para llevarlas a cabo; a mí me apuró más de una vez para crear gráficamente las ideas de la portada de sus libros o un comercial publicitario atrapado en su mente. Me enseñaba preparaciones prácticas en el microondas, compraba máquinas modernas y tecnológicas como el *magic bullet* para preparar batidos nutricionales. La tecnología no lo atropellaba a su edad y manejaba el celular con total dominio; eso sí, tenía las indicaciones para prender el computador y navegar en él anotadas en papel paso por paso cual receta de cocina. Fue la primera persona que me ilustró, hablando con los ojos muy abiertos, acerca de la realidad virtual y sus posibilidades venideras. Óscar hacía ejercicio diariamente caminando los diez metros rectos que medía su casa durante cien repeticiones. Era un aficionado de los carros, tuvo muchos en su vida; incluso me regaló mi primer carro: un Lada modelo 78 anaranjado y trató de transmitirme su gusto por visitar mecánicos, pero no lo logró.



Los abuelos con su tataranieto Martín. Álbum familiar Óscar Hernández.

Así son entonces las cosas de las herencias, unas persisten y otras se escapan. Lo recuerdo muy serio diciéndole a mi hermano adolescente que era el encargado de continuar el apellido Hernández, por haber sido el único nieto, de su único hijo hombre... Cosas de varones, supongo, pues el legado me tocó fue a mí y la vena artística la heredamos varios de su descendencia, algunos hijos, nietos y bisnietos somos escritores, artistas, arquitectos, joyeros, periodistas, cantantes y compositores. Óscar Hernández y Rocío Prieto tuvieron seis hijos, nueve nietos, diez bisnietos y cuatro tataranietos, hasta el momento. Termino este homenaje con el texto publicado por el abuelo en *El Colombiano* cuando nací en agosto de 1986:

Tatiana

Ahí la tienen en el mundo, instalada en una canastilla azul y toda seria, de pies a cabeza, con un mitón que esconde sus dedos hermosamente delineados.

Llegó Tatiana y parece que todo a su alrededor se vuelve del color de sus mejillas. Ahora es rosado el mundo. Rosado y azul, porque ya no hay que hacer diferencias para los niños.

Cuántas personas y palabras y hechos y viajes cortos y largos promueven una nieta de 45 centímetros de altura. Sólo cuarenta y cinco centímetros movilizan boletos de avión, viajes en auto, cuentas de banco, flores, regalos y una cantidad de besos que van a necesitar computadora.

Tatiana llega al mundo signada por un padre y un abuelo poetas. ¿Nietos? No, son los mismos padres que han dado la vuelta...

Tatiana Hernández Pérez



Maestra en Artes Plásticas de la Universidad de Antioquia, con estudios en cine de la misma institución y de Innovación y Creatividad del School of the Art Institute of Chicago. Se ha desempeñado en el campo de la docencia en instituciones públicas y privadas, ha trabajado en el mundo editorial y con empresas dedicadas al turismo. Actualmente desarrolla un proyecto en el campo en el que combina sus dos pasiones: el arte y el contacto con la naturaleza.



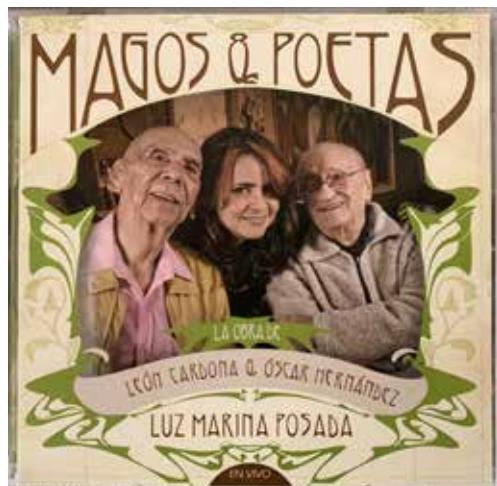
ÓSCAR HERNÁNDEZ, EL POETA, EL LOCO

Jaime Andrés Monsalve B.

Si aquellos personajes cuya proclividad a vivir más de una vida han sido llamados de común acuerdo “hombres del Renacimiento”, pocos personajes podrían recibir el cuño con tanta autoridad como el antioqueño Oscar Hernández Monsalve (1925-2017).

Excelso poeta, descriptivo narrador, atinado columnista, premiado actor, improvisado cantor, inédito camionero y poco reseñado aprendiz de boxeador y futbolista, al palmarés de este inquieto personaje que pareciera extraído de la picaresca criolla hay que sumarle, además, **crédito como letrista de bambucos, pasillos y danzas que le dieron un viraje a la creación poética de lo andino colombiano,** tan profundamente marcada hasta aquel entonces y de raíz por las chapoleras, la molienda, la cogienda y demás añoranzas rurales.

La historia de cómo esta suerte de polímata paisa llegó para quedar en nuestros sonidos tiene como punto de partida el año 1968, cuando una de las artistas consentidas del sello Sonolux, la vallecaucana Leonor González Mina, recibió una invitación para irse de gira por la antigua Unión Soviética. León Cardona, guitarrista y compositor yerbombino, a la sazón arreglista musical de la disquera, recibió de parte de su director artístico, Hernán Restrepo Duque, el encargo de escribir y orquestar temas inéditos para un nuevo disco de la llamada Negra Grande de Colombia.



Óscar Hernández participó como compositor en los discos “La internacional”, de Leonor González Mina, y “Magos y poetas”, con obras de León Cardona y Luz Marina Posada.

“A la Negra solo le dan allá su estancia, y para que lleve platica, yo le quiero grabar un disco”, dijo León Cardona en entrevista a un servidor en febrero de 2012, parafraseando a Restrepo Duque. Al reto de la creación de esos nuevos temas se le sumaba el tiempo:

la cantante viajaba en una semana, y antes de eso el disco tendría que haber visto la luz. ¿Qué iba a componer y a orquestar en tan poco tiempo? Fue ahí donde apareció nuestro referido poeta.

Contaba Cardona: “Hernán me habló de su amigo, el escritor Oscar Hernández Monsalve. Yo no lo conocía en ese momento, pero según Hernán, este señor aseguraba que las letras de todos los bambucos estaban hechas con las mismas cuarenta o cincuenta palabras: las trenzas, el carriel, la ruana, el machete, el poncho y las alpargatas”.

En contravía, Hernández tenía escritas tres canciones a la espera de una melodía. Nadie mejor para musicalizarlas que Cardona, a quien ya precedía su fama de modernista, conocedor del jazz y de la bossanova. El resultado fueron las primeras composiciones del tandem: *El premio*, *La mejora* y *No abandones tu tierra*. A diferencia de los arreglos exuberantes que solía escribir Cardona, la premura hizo que fueran grabados únicamente con el acompañamiento de su propia guitarra, doblada.

Tal vez con la seguridad de que habían dado un primer paso en la transformación de los aires vernáculos hacia la vanguardia, de la misma manera que en su momento lo hicieron con el tango canción la dupla Ferrer-Piazzolla, Hernández y Cardona terminaron trenzando amistad y emprendieron algunas veces más la misma aventura

compositiva entre 1985 y 1992, dejando un breve catálogo de trece composiciones, acaso magro en cantidad, pero poderoso y robusto a la hora de comprender su significado para nuestras sonoridades.

“El tono de los textos creados por Óscar Hernández para ser musicalizados los diferencia de su poesía, pues tienen un lenguaje más conciso y claro, y aunque no presentan siempre rima perfecta, al leerlos se puede percibir una intención rítmica, mientras que su poesía ofrece gran libertad en los versos de modo que podemos calificarla como verso libre”, explica la cantautora Luz Marina Posada en los textos del trabajo sonoro *Magos y poetas* (edición propia, 2017), que por primera vez reúne todo el acervo sonoro de los dos creadores.

Siempre habrá que volver a esas canciones, de la misma forma que a sus poemarios *Los poemas del hombre*, *Las contadas palabras*, *Versos para una viajera* o *Poemas de la casa*, entre otros; a sus crónicas de *El día domingo*; a sus cuentos de *Mientras los leños arden*, y a sus novelas *Al final de la calle* (II Premio de Novela Esso, 1965) y *Cristina se baja del columpio*.

Hoy, en el aniversario número cien de su natalicio, se nos da por pensar en la ironía de que su columna en el periódico *El Colombiano* se llamará “Papel sobrante” (al igual que su editorial, cuyos libros se publicaban en papel desechado por las imprentas), cuando en realidad hoy, todo lo contrario de sobrar, cada papel por venir nos hace una tremenda falta.



Jaime Andrés Monsalve B.

Periodista cultural, jefe musical de Radio Nacional de Colombia y autor de *El ruido y las nueces* (antología periodística, edición de *El Malpensante*, 2023) y *En surcos de dolores* (crítica musical, Rey Naranjo, 2024).